

HISTORIAS DE TAMMERLANE

de Federico Tarántola

presenta...

REPIQUETEO

Tammerlane, 7 de Septiembre del 2005

Frotó su lengua contra el paladar, y se bañó en su locura, sumergida en saliva. Cuando ésta tocó el estómago, no hizo más que aplicar el delirio rutinario en aquel cerebro bañado en endorfina.

Y se miró los dedos, los cuales no hacían otra cosa más que repiquetear y repiquetear en búsqueda de aquel relato dorado, el cuento final.

De inmediato, tuvo miedo de sí mismo, y retrocedió en un ataque de pánico. Chocó contra la pared, giró y atendió el teléfono.

- Quien sos? – preguntó al que estuviera del otro lado de la línea.

- Vos. – respondió su doble, frente a sí mismo.

- Qué... pasó? – le preguntó con temor, boquiabierto, anonadado.

- Estamos locos.

Colgó, corrió por la campera, y salió a la calle.

Se enfrentó al viento de la noche y tropezó ante los pies de su antigua mujer.

- Te odio. – dijo ella, y el muchacho lloró como un niño.

Imagínenlo, ahí tirado, de rodillas y bajo aquella tormenta que iluminaba de a centellas, sangrando por la boca, por los ojos, por los oídos, por las rodillas.

Cuando se miró los dedos, estos habían vuelto a repiquetear. Así que entre las nubes del aturdimiento, se puso de pie y aterrizó a un lado, en el medio de aquella fiesta.

- Lindo loco. Loco lindo. Lindo loco. Loco lindo. Nada. Nada. Nada. – repetía un círculo de hombres y mujeres treintañeros.

Era el comedor de algún departamento de la parte céntrica de Tammerlane. Desde la calle se oían los autos, y dentro el coro del estallar de copas en el techo.

- Qué pasó? – se acercó a preguntarle a otro invitado de la fiesta, el cual también observaba a aquel grupo que le gritaba incoherencias a un feto sangrante en el piso.

El hombre pegó un trago de su vaso mágico, giró sobre sí mismo, sonrió con dientes afilados, ojos rojos y cabellos revueltos, y simplemente dijo:

- Loco lindo, vamos a comer.

Acto seguido, la bestia humana se lanzó al piso, para atacar a mordiscos aquel niño gestado a medias.

Y a medida que mordía, surgía como relleno desechado, arroz y más arroz, muchísimo arroz hervido, humeante, tan oloroso que un perro vecino, corrió hasta el lugar, a lamer del piso antes que se inunde del todo.

- Je, je. Esto es gracioso! – dijo de una risotada, y oyó a la distancia el repiquetear de sus dedos. Parecían provenir de ese túnel de acero que había cuando no miraba atrás.

El repiquetear lo mataba, lo asesinaba. Y doblado en sí mismo, casi partido, retorcido, escupió la potente lava roja tragada noche atrás, mientras trepaba el pico más alto de aquel volcán.

- Eso es la falta de amor. – dijo la bola de cebo, desbordante, con aquellos ojos que parecían dagas apuñaladoras de miradas. Inclino su copa, bebió el contenido, y dijo: - Yo también trago lava... - de inmediato, se inclinó a él, convertida en una bestia salvaje de ojos rojos y dientes filosos y pelos descontrolados. - Do you wanna eat, creep?! Do you? – preguntó con violencia, sarcasmo, ira, y cierta acentuación ajena al idioma. Parecía una amenaza, una amenaza tan grande como...

... como

... como

... como

Apretó sus dientes con fuerza, extendió sus manos al suelo, se irguió, se paralizó, el chirrido y finalmente se detuvo.

Cuando miró hacia atrás, la marca de la frenada había quedado visiblemente dibujada en el asfalto de aquella tarde mágica.

De repente, algo le llamó la atención: y fue el paisaje. El lugar en el que se encontraba era el mismo donde le declaró amor a su chica.

- Te amo. – le dijo a su chica, cuando era su chica, sentados frente al Lago de Tammerlane.

Ella le sonrió.

Detrás, él, mirando a ambos amantes del pasado, rebozantes en una lejana primavera decorada tal como un mágico dibujo animado de 5 décadas atrás.

- Yo también. - dijo ella.

El joven expectante, rebotó en nervios y angustia, y se lanzó a tocarle el hombro. Cuando ella giró, se tornó gris, y se derritió tal como la cera. A su lado, el amante del pasado, se convirtió en cenizas.

Y de esas cenizas, él, solo, frente a aquellas aguas, solo.

Miró a un lado y otro.

Solo.

Miró a un lado y otro.

Ella, la otra, la de después de la otra, la otra otra, ésa, también ésa, ella.

- Mierda! – se dijo con ira, aunque jamás supo si fue él quien habló, o fueron sus dedos los que repiquetearon. – Estoy putamente anclado en este pasado de Lago, Ella y Pasado.

Estaba en lo cierto: cada una de las ellas que habían surgido a los costados, llevaban atravesada en la garganta la figura de aquella Ella del Lago y Pasado.

Un teléfono sonó, y el joven levantó el tubo. Acto seguido, el trueno, el temblor, y las paredes que surgieron del piso para convertirse en casa.

- Hola? – dijo la ella del presente.

- Acá estoy. Estoy bien. Aunque... aunque a veces me siento solo. Como que... como que no puedo encajar con nadie. Me siento completamente ajeno a la gente... Me siento loco. Puede que ser me esté volviendo loco. Con todas las cosas que me pasan... es decir, con todas las maldades que me hago a mí mismo. Y es ahí cuando me acuerdo de vos. Y no me lo permito. En cierta

forma, te salvaste de volverte loca. Pero, no. Hubiésemos sobrevivido. Madurar. Me faltaba mucho. Me faltaba tanto para entender que aquella escena frente al Lago no fue más que una caricatura del amor... Se entiende?... Y me duele, me destroza las tripas, me parte al medio. Saber que descubrí mi locura, mis fobias, mis manías, mis desvaríos... esa autodestrucción que arrasaba con todo. Y en esa puta guerra contra todo, inventada por este cerebro de mierda, te perdí. Te perdí, amor, cuando pudimos haber crecido juntos. Me mata no haber podido compartir con vos esta madurez... “hasta que la muerte nos separe”... - un silencio, una respiración profunda. – Me hubiese gustado casarme con vos. Al fin y al cabo, lo intentamos aquella vez. Al fin y al cabo, somos papás. – una nueva respiración profunda, más agitada, más exasperante. – Me hubiese gustado darle un papá coherente, una familia... – suspirando: - Perosemefueron...! - silencio, pausa, serenidad. - Lo peor de todo, que hice lo imposible por echarlas... Yo mismo las eché, las dejé que se fueran. Todo por la locura, por las manías, por esos secretos que nunca conté. Jamás me lo voy a perdonar. - ... - Ahora que desperté, las necesito.– un pensamiento y una aclaración final... - Por eso. Duele. Duele mucho. Sin embargo, acá estoy. Estoy bien... Todo bien... Un beso...

Cuando terminó de recitar aquellas palabras, sus dedos dejaron de repiquetear. Se extendió en su asiento, y encendió un cigarrillo. El humo se dibujó en la tenue luz del velador.

Miró a su alrededor.

Se contempló por un instante, bajo el silencio debajo de aquella maravillosa banda de sonido, y se preguntó si había escrito un cuento, o en realidad todo aquello era una carta a quien corresponda.

... bueno, de eso se trata, no?

Qué otra cosa podía ser la invención sino el fiel retrato de la visión de uno mismo, a través de la anécdota del Tammerlane de todos los días.

FIN